

Liturgia de la “redes sociales”

1. Un fenómeno del presente

A un grupo de usuarios de Internet, clientes de una misma empresa, que intercambian mensajes personales e íntimos, incluyendo videos y fotos, con una agenda abierta, se le llama *red social* (“social network”). El nombre, más allá de su origen académico (sea a partir de la llamada teoría de redes como de los análisis sociológicos de estructuras sociales), proviene del hecho ilusorio que considera a esta agrupación, no sólo como una forma sociabilidad, sino como *la* forma de sociabilidad —una estructura social en todo derecho— del presente y del futuro inmediato —véase por ejemplo Davide Casaleggio, *Tu sei rete. La rivoluzione del business, del marketing e della politica attraverso le reti sociali* (Milano: Casaleggio Associati, 2008); Patrick Doreian, Vladimir Batagelj, y Anuska Ferligoj, *Generalized Blockmodeling* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005); y también Barry Wellman, *Networks in the Global Village: Life in Contemporary Communities* (Boulder, CO: Westview Press, 1998).

La perspectiva se asienta sobre tres argumentos básicos. En primer lugar, los intercambios comunicacionales directos serían cada vez más reducidos y, por otra parte, la velocidad de los mismos, que poseen en su mayoría un formato electrónico, volverían anacrónicos los intercambios tradicionales —así como sus conceptos, valores y jerarquías. En segundo lugar, Internet vendría a reemplazar el sentido de sociabilidad y comunicabilidad que las sociedades tradicionales habrían perdido, por ende, las redes sociales estarían satisfaciendo una necesidad antropológica básica. Por último, en tercer lugar, no existiría sólo *una* red sino que en realidad lo que hay es una red de redes, un conjunto. De hecho el término inglés que dio origen a la expresión es “network”, es decir, una voz plural.

De lo que no queda duda es de la popularidad de las redes sociales y de su desarrollo exponencial. Sin embargo, que el intercambio acelerado de mensajes e información vaya a adquirir el equivalente a la dimensión política de una sociedad tradicional es algo dudoso por el momento. Los defensores de dichas redes argumentan al respecto dos cosas: (i) que las redes no son sólo intercambios de mensajes e información sino una estructura social en sentido estricto, con todo tipo de intercambios, con una simbología y con valores; y (ii) que existe una dimensión política de las redes por cuanto —como las recientes manifestaciones públicas en los países árabes lo estarían demostrando— ellas estarían permitiendo —posibilitando, facilitando— una serie de intercambios *alternativos*.

Para el observador escéptico, aquello de lo que no queda duda es de que las recientes generaciones se incorporan a una comunidad, a un grupo humano, donde Internet se haya ya instalada como fenómeno-evento y como instrumento tecnológico —cosa que hasta los años 90 del siglo pasado no sucedía. Esta innovación produce una serie de debates y apreciaciones que recuerdan a aquellos generados en los años 60 del siglo pasado respecto del uso generalizado de la televisión, es decir, cuando como ahora un instrumento/aparato tecnológico —así como una “red” y sistema de comunicaciones— se introduce en cada casa, en cada persona y modifica hábitos, costumbres y el sentido mismo de educabilidad. Entonces, como ahora, es claro que las características de empleo de la tecnología no pueden ser escindidas de las formas financieras y coloniales que conforman el capitalismo tardío del Occidente actual, y que constituye el motor de la vida cultural y política. Aquí es donde la ingenuidad de los utilizadores de las redes sociales en áreas periféricas, respecto del alcance y poder de las mismas, es más cándida y difícil de creer.

En este sentido hay cuatro aspectos, respecto de las redes sociales, que deberían indicarse más allá de la opinión que su empleo merite a cada uno.

En primer lugar, el aspecto que me parece el más interesante de este fenómeno es el hecho que estaría confirmando —incluso llevando a una forma de expresión extrema— la situación por al cual toda relación humana, como asegura el psicoanálisis, se inicia a partir de un malentendido. Aquello que me parece interesante no es sólo una confirmación *instrumental* de esta situación, sino asimismo la velocidad y variedad con que ello sucede. En este sentido es innegable que existe un giro copernicano respecto de cómo se afrontaban las cuestiones inter-personales

tradicionalmente, de manera que una re-formulación conceptual es evidente: elaboración, duelo, memoria, entre otras, son nociones que se han modificado de forma profunda.

En segundo lugar, las redes producen asimismo una confusión cuando se trata de definir su sociabilidad teniendo como referencia conceptual la sociología tradicional. De la misma manera que la antropología no se ocupaba en el pasado de aparatos ni de tecnología (al lugar de lo humano), la sociología no se ocupaba de comunidades virtuales ni de entidades abstractas hallables en cálculos matemáticos o en ordenadores (al lugar de lo social humano). La sociabilidad de las redes está caracterizada —de manera casi absoluta— por el *marketing* y los intercambios de tipo financiero —situación ésta que no tiene precedentes por su carácter determinante y abarcador. La manera con que se concebía lo financiero —o comercial, para ser más exactos con ese entonces— y el *marketing* en el pasado, y respecto de una comunidad, no posee relación alguna con el presente o, mejor dicho, con la forma con que constituimos eso que entendemos como ambiente inmediato y presente. En las sociedades —o grupos humanos— sin Internet, lo comercial y el *marketing* constituían una implementación interesada de valores e intereses que se hallaban en el seno mismo de dicha sociedad. En las sociedades con Internet, lo financiero —lo comercial— y el *marketing* se constituyen en los valores mismos, es decir, Internet y el fenómeno tecnológico que supone reformula el sentido mismo de aquello que puede ser entendido como lo social. Sobre este aspecto, hay incluso acuerdo entre los autores más disímiles, desde Saskia Sassen a Néstor García Canclini, sin embargo, *hacia dónde* esta situación conduce es un misterio para la mayoría y que los pronósticos de ciertos *gurús* mediáticos como Georges Soros no logran dilucidar.

En tercer lugar, esta situación sociológica modifica el proceso de subjetivización de los individuos, la forma en que construyen su medio ambiente, sus conceptos, su sentido de fisidad; pero, en particular, respecto de las redes sociales, reformula de modo radical el sentido de *afectividad* de los individuos. La afectividad de las redes sociales —su principio de realidad, su realismo— se constituye como porvenir, es una *expectativa Hollywoodiana*, es decir, no sólo un horizonte de espera sino también una narración basada sobre una simbología y un *timing* cinematográficos. El gran desafío que surge aquí es cómo pensar la sociabilidad de una comunidad cuyo estatuto de verdad —y de legitimidad política— se basa en

última instancia en un manojito de chismes y cotilleo que se identifica como afectividad.

En cuarto lugar, el resultado más evidente de las condiciones bajo las cuales funcionan las redes sociales permite una constatación básica: las *condiciones técnicas* determinan los intercambios humanos, de modo tal que existe una *dimensión logística* que domina todo el conjunto. En este sentido, las redes sociales pueden ser consideradas —desde una perspectiva grupal, comunitaria— como una especie de “agenda abierta” en la cual los participantes entran y salen por razones fortuitas.

2. “A Theory-laden subject”

Por otra parte existe una segunda dimensión de las llamadas redes sociales que resulta interesante y es el hecho que dichas redes en la Internet de hoy vendrían a justificar la *teoría de las redes* que surgiera a partir de los años 50, en particular a partir de los trabajos de estudios de parentesco realizados por la antropóloga Elizabeth Bott y los estudios de urbanización por parte, entre otros, de J. A. Barnes, que fue quien estableció el término “social network analysis” para exponer patrones de lazos (“patterns of ties”) sociales, vinculando los mismos al lenguaje corriente y a los conceptos utilizados tradicionalmente por los científicos sociales —sobre el particular puede consultarse el trabajo de Linton Freeman, *The Development of Social Network Analysis* (Vancouver: Empirical Press, 2004). De manera que aquello que fuera una feliz analogía o alegoría en 1954 se ha convertido en la actualidad en una historiografía que postula una metodología de análisis en/para las ciencias sociales —sobre el particular puede consultarse Barry Wellman y S. D. Berkowitz (eds.), *Social Structures: A Network Approach* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988); así como también John Scott, *Social Network Analysis* (London: Sage, 1991).

Los defensores del análisis de las redes —y, por ende, postulantes en su mayoría de las virtudes, necesidades e imprescindibilidad de dichas redes— sostiene que la alienación de los individuos que la red social produce se compensa con el hecho que en la misma los individuos existen a partir de sus *relaciones* y no a partir de sus atributos personales, produciendo así, según los autores, “una liberación” —véase por ejemplo Stanley Wasserman y Catherine Faust, *Social Network Analysis: Methods and Applications* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994); y

también el ya mencionado Linton Freeman, *The Development of Social Network Analysis* (Vancouver: Empirical Press, 2004).

Desde la economía, pasando por el *marketing* y la sociología, hasta los estudios de urbanismo, casi cada área de estudio posee una implementación metodológica que da cuenta de las redes sociales —véase por ejemplo Davide Casaleggio, *Tu sei rete. La rivoluzione del business, del marketing e della politica attraverso le reti sociali* (Milano: Casaleggio Associati, 2008). Sin embargo, más allá de las especificidades casi todos los dominios coinciden en indicar la creciente relevancia que se le otorga a la teoría de los grafos (“graph-based structures”), es decir, en definitiva, al análisis matemático y a la estadística basada en gráficos. De esta manera, la parte metodológica más clara de aquello que las “redes sociales” representarían o significarían se vincula a las matemáticas y a la ciencia de las computadoras (“computer science”), asegurando de dicha manera una especie de *legitimidad* por relación a la tecnología y a Internet.

El ejemplo tal vez más notorio es el del proyecto “The Graph Exploration System (GUESS)” (<http://graphexploration.cond.org/index.html>), que se ocupa de cuantificar todo fenómeno a partir del esquema de redes sociales. De manera que el “social network analysis” —orientado hacia la sociología y relacionado como vimos a la “network theory”— observa relaciones sociales en términos de “network theory” y que consiste en nodos (“nodes”) y lazos (“ties”) —también llamados “edges”, “links”, “connections”. Los nodos serían los actores individuales mientras que los vértices serían las relaciones entre actores. Sobre el particular puede consultarse John Scott, *Social Network Analysis: A Handbook* (Newberry Park, CA: Sage, 2000); Mitin Noria y Robert Eccles, *Network in Organisations* (Boston: Harvard Business Press, 1992); y Barry Wellman, *Networks in the Global Village: Life in Contemporary Communities* (Boulder, CO: Westview Press, 1998).

La visión de quienes se ocupan de redes sociales es que las mismas existían con anterioridad a Internet, que el teléfono, el correo y la televisión, entre otros elementos tecnológicos o de logística, representaban ya una forma de red social. Sin embargo, es difícil rendirse ante la evidencia que aquello que hasta los años 90 era un dominio de minorías académicas se ha convertido en la actualidad en patente de ciudadanía terrestre, lo cual modifica sin duda las condiciones de observación. Bajo

estas condiciones aquello que es más interesante es la llamada teoría del “mundo pequeño” (“Small World Phenomenon”) expuesta por Stanley Milgram en 1967:

The small world phenomenon is the hypothesis that the chain of social acquaintances required to connect one arbitrary person to another arbitrary person anywhere in the world is generally short. The concept gave rise to the famous phrase six degrees of separation after a 1967 *small world experiment* by psychologist Stanley Milgram. In Milgram's experiment, a sample of US individuals were asked to reach a particular target person by passing a message along a chain of acquaintances. The average length of successful chains turned out to be about five intermediaries or six separation steps (the majority of chains in that study actually failed to complete). The methods (and ethics as well) of Milgram's experiment was later questioned by an American scholar, and some further research to replicate Milgram's findings had found that the degrees of connection needed could be higher. Academic researchers continue to explore this phenomenon as Internet-based communication technology has supplemented the phone and postal systems available during the times of Milgram. A recent electronic small world experiment at Columbia University found that about five to seven degrees of separation are sufficient for connecting any two people through e-mail. (Fuentes: Stanley Milgram, “The Small World Problem” en *Psychology Today*, [1(1), May 1967. pp. 60–67]; y también T. Blass, *The Man Who Shocked the World: The Life and Legacy of Stanley Milgram* [New York: Basic Books, 2004]).

Más allá de la polémica generada en torno de si, a partir de seis personas, nos podemos comunicar con el planeta, aquello que entonces y ahora resulta interesante es la idea de que (i) la teoría de *mundos*, (ii) la noción de población y (iii) los *horizontes de expectativa*, constituyen tres elementos de rango epistemológico para pensar cualquier teoría social o política —véase por ejemplo Duncan J. Watts, *Small Worlds: The Dynamics of Networks between Order and Randomness* (Princeton: Princeton University Press, 2003); y también del mismo autor *Six Degrees: The Science of a Connected Age* (New York: Norton, 2004).

Todas estas perspectivas, sin embargo, parten del principio que existiría una simbiosis entre las estructuras sociales planteadas por los antropólogos a partir de los años 50, por los sociólogos en los años 60, e incluso antes si consideramos como referencia los trabajos de Émile Durkheim y Alfred Tönnies, y el desarrollo de la tecnología, de manera que las “redes sociales”, tal como son concebidas en la actualidad a partir de Internet, serían un *resultado* y un *producto* de aquellas formas antropológicas y sociológicas originales. La pregunta evidente es hasta qué punto aquella antropología tradicional —y sus evoluciones presentes— puede ser también una *antropología* de máquinas, aparatos y tecnología; y hasta qué punto aquella sociología tradicional (de humanos e instituciones humanas) puede ser también una *sociología* de entidades, objetos y *commodities*. De manera más conceptual, la pregunta es si realmente habitamos ya un planeta donde las entidades concretas son concebidas primero de forma teórica y luego desarrolladas de manera empírica, como pareciera ser el caso aquí, según quieren convencernos los partidarios de las redes sociales.

Por último, las versiones más sofisticadas de la redes sociales, en cuanto teorías dentro de las ciencias sociales, como la “Actor-Network Theory” de Bruno Latour (véase *Reassembling the social: an introduction to Actor-network theory*, New York/ Oxford: Oxford University Press, 2005), no varía sustancialmente de las dos cuestiones principales ya indicadas: (i) una dimensión acerca de la cuestión de la “theory-laden perspective” (cuestión epistémica); y (ii) una discusión acerca de la dimensión logística y tecnológica (cuestión metodológica). Y tampoco se alejan de esta situación las perspectivas, no menos elaboradas, que absorben teorías y/o conceptos de estas disciplinas para aplicarlos al ámbito de las redes sociales, tal como por ejemplo es el caso de la noción de *Social Capital* —véase por ejemplo Nan Lin, Ronald S Burt y Karen Cook, eds., *Social Capital: Theory and Research* (New York: Aldine de Gruyter, 2001).

London, March 1, 2011.